

BUSCANDO UNA PSICOLOGÍA QUE PIENSE Y SIENTA COMO AMÉRICA LATINA

LOOKING FOR A PSYCHOLOGY THAT THINKS AND FEELS LIKE LATIN AMERICA

Manuel Calviño

Facultad de Psicología, Universidad de La Habana, Cuba.

RESUMEN

En el camino de la necesidad de comprensión y construcción de una psicología latinoamericana, una psicología que piense y sienta como América Latina, este trabajo presenta importantes temas de análisis: la caracterización de la situación actual de la psicología en el continente para poner en evidencia su carácter colonizado; la formación en esta ciencia en la región; la organización gremial que la tipifica hoy en América Latina. Desde ahí intenta responder a las preguntas: ¿qué psicología necesitamos?, ¿qué tendríamos que hacer a favor de ella?, y ¿qué tipo de profesional la puede construir?

Palabras clave: América Latina, colonización cultural, epistemología, psicología.

ABSTRACT

In the path of the need to understand and build a Latin American psychology, a psychology that thinks and feels like Latin America, this work presents important topics of analysis: the characterization of the current situation of psychology in the continent to highlight its colonized character; the training in this science in the region; the union organization that typifies it today in Latin America. From there, it attempts to answer the questions: what kind of psychology do we need, what should we do in favor of it, and what kind of professional can build it?

Keywords: Latin America, cultural colonization, epistemology, psychology.

INTRODUCCIÓN

Algunos podrán pensar que “vuelvo con mi delirio”, y tienen razón. La necesidad de construir, hacer prevalecer, desarrollar una psicología latinoamericana es mi delirio, uno de ellos, pero no es psicótico. Lo psicótico sería no hacerlo, correr el riesgo de quedar encerrados en un universo despersonalizado, apañado y sostenido por más de 500 años de dominación cultural que nos hace ajenos, por nuestras prácticas profesionales, en nuestra propia tierra, sintámoslo o no, porque aquí, a diferencia de la “posverdad”, que se sustenta en la manipulación emocional y la extensión comunicativa, de lo que se trata es del silencio, de la “tranquilidad”, de la falsa legitimidad de las cosas que parecen ser como son y como deberían ser.

No está de más recordarlo, la psicología en América Latina ha “crecido” dentro de las instituciones oficiales como “reproducciones nacionales”, muchas veces ni siquiera nacionalizadas, de los modelos de disciplina científica y profesional, primero europeos y luego norteamericanos, o, en realidad, “USAmericanos”. Los primeros fueron adoptados con cierta ingenuidad y la visión de Europa como centro del mundo; los segundos, además de la egoica creencia, con muy malas intenciones, las mismas de la doctrina Monroe, las mismas que hasta hoy han mantenido todos los administradores de la Casa Blanca: adueñarse de su “traspatio”, de América Latina.

La estrategia “blanda” ha sido adueñarse de las formas de pensar, de hacer, de sentir mediante la modelación de las prácticas de consumo. En más de un sentido somos lo que vamos consumiendo y cómo lo hacemos, y nadie dude que la psicología “USAmericana” ha sido un objeto de consumo puesto en vidriera, con facilidades de pago, con créditos sin amortizaciones posibles para formar parte del dominio de los Estados Unidos de Norteamérica sobre la América Latina.

La colonización del pensamiento como estrategia: llegar al punto de ni darnos cuenta de que estamos siendo colonizados, construir una “familiaridad acrítica” de tal legitimidad que torne lo impuesto en deseado. En el peor de los casos, como diría Pichon-Rivière, una fascinación del horror. Llegar a amar lo que nos daña, llegar a creer que la norma impuesta con esos fines es la norma correcta, adecuada. En el caso de la psicología, la norma “verdaderamente científica”. ¡Que engaño!, pero es lo que se pretende. Para garantizar ese “estado de colonización del pensamiento” se han instrumentado diferentes recursos y procedimientos, desde becas de estudio y exportación de profesores hasta normas de publicación y valores relativos de lo que se piensa y cómo se piensa, lo que se dice y cómo se dice, lo que se escribe y cómo se escribe en nuestros países. Buscan hacernos víctimas de nuestra fragilidad, de nuestra ingenuidad, esa que hizo que aquí en Cuba nuestros ancestros se dejaran llevar a la extinción por unas

piedras de colores. En otras regiones del continente, donde no faltó la entrega, emergió también la negación, que fue acallada a golpe de arcabuces... como hasta hoy sucede.

En este sentido afirmo que buena parte del pensamiento psicológico latinoamericano es, en realidad, pensamiento psicológico no latinoamericano hecho en América Latina. La psicología en la región es una contingencia geográfica, por supuesto, no sin muy honrosas excepciones. Pero, por el contrario, la que queremos, la que se construye contra viento y marea, la psicología latinoamericana, se instaura desde el pensamiento psicológico vivo, que vive en, con y para América Latina, es una psicología que intencionalmente se define junto a los pueblos latinoamericanos, sus sueños, sus ansias, sus luchas.

En este texto me propongo poner en evidencia el hegemonismo USAmericano en la psicología, para de ahí derivar tres espacios necesarios de construcción: qué psicología necesitamos, qué tendríamos que hacer para que esa psicología crezca, se establezca, y qué psicólogo es necesario para tales encomiendas.

EXPRESIONES DEL DOMINIO CULTURAL CIENTÍFICO USANORTEAMERICANO: LA COLONIZACIÓN

Voy a apoyarme, para comenzar, en un trabajo del peruano Reynaldo Alarcón (1999), en busca, como punto de partida, de una cierta “imparcialidad” de un observador histórico que intenta referir lo que observa y desprende del análisis de los hallazgos y datos reconocidos. En este artículo, titulado “La psicología en América Latina en el siglo XX: un análisis de sus características”, se señalan seis particularidades de esta ciencia en el continente.

Orientación empírica - Interés en hacer una psicología empírica, liberada de la filosofía

Se evidencia en la existencia de laboratorios experimentales la adscripción casi fanática al llamado método científico (cuasi antediluviano). La psicología latinoamericana actual se muestra como predominantemente empírica, objetiva y cuantitativa. Claro está, es el modelo generalizado de ciencia, asumido en un principio por la psicología con una fuerte carga de sentimiento de minusvalía, soñando con ser una ciencia dura, natural, exacta. Martín-Baró (2006), refiriéndose a la psicología en América Latina, apunta que

su deseo de adquirir un reconocimiento científico y un estatus social le ha hecho dar un serio traspés. La psicología norteamericana volvió su mirada a las ciencias naturales a fin de adquirir un método y unos conceptos que la consagraran como científica, mientras negociaba su aporte a las necesidades del poder establecido a fin de recibir un puesto y un rango sociales. La

psicología latinoamericana lo que hizo fue volver su mirada al *big brother*, quien ya era respetado científica y socialmente, y a él le pidió prestado su bagaje conceptual, metodológico y práctico, a la espera de poder negociar con las instancias sociales en cada país un estatus social equivalente al adquirido por los norteamericanos. (p. 8)

Extraña preferencia. Un continente que es una región de letras, de lo real maravilloso, como lo llamó Carpentier, de elaboraciones casi oníricas, de producciones simbólicas, resulta ser que en materia de psicología es empírico, objetivo y cuantitativo. Como que no cuadra. Probablemente el norteamericano, del norte de América, incluida Canadá, sienta y viva el dato, la *empíria*, el hallazgo, en este sentido cuantitativo, con una intensidad impresionante. Quizás tanto como nosotros sentimos, por el contrario, la elaboración el discurso, la narrativa. Los grandes científicos latinoamericanos, los grandes productores de pensamiento latinoamericano, los grandes pensadores latinoamericanos han sido gente de elaboraciones, gente de narrativas, de discursos impresionantemente creativos, porque el latinoamericano, desde su diversidad cultural, desde su identidad, es más dado a la intuición creativa, al pensamiento elaborativo, más cercano a lo que siente. Sus orígenes epistemológicos son cosmogónicos y se asumen con la naturalidad de un saber ancestral.

Mírese el listado de premios Nobel y trátese de ubicar galardones entregados a científicos latinoamericanos en las llamadas “ciencias duras”. Casi no se encontrarán, y mucho menos radicados en el continente. Otra cosa bien distinta sucede con los premios de literatura. No es una casualidad, es una causalidad cultural. Me pregunto si para hacer esa psicología positivista y empírica no se renuncia a elementos culturales propios, identitarios, de nuestras capacidades y estilos creativos. Basta asistir a algunos congresos para percibir la indiferenciación cultural de la ciencia que se hace desde las representaciones positivistas.

El carácter dependiente –primero utilizó doctrinas importadas: el racionalismo de Descartes, el empirismo de Locke, el sensualismo de Condillac, el vitalismo de Bergson, así como el positivismo lógico, y luego la psicología angloamericana–

Es necesario señalar que la dependencia no es originariamente opcional. La dependencia en América Latina ha sido impuesta, primero a la fuerza bruta, luego a la fuerza de los recursos, y, por último, a la fuerza de la noción pandémica de desarrollo, de científicidad, de excelencia. En el caso particular de la angloamericana, ella inunda todas las esferas de la cultura espiritual, de los gustos y las preferencias, de los modelos de vida.

Escasa originalidad

Y claro, la llamada “escasa originalidad”, que acertadamente señala Alarcón (1999), es un efecto de todo lo antes observado. En cualquier caso, llamo la atención sobre el hecho de que mientras más se han separado algunos autores de la “sacrosanta norma angloamericana”, más creativos han resultado ser sus ideas y trabajos, así como mientras más se han acercado a sus poblaciones, a sus realidades. Por solo recordar y reconocer algunos nombres, traigo a Anibal Ponce, Alberto Merani, Enrique Pichon-Rivière, José Bleger, Marie Langer, Silvia Laine, Maritza Montero, José Miguel Salazar, y hay muchos más.

Preferencia por la psicología aplicada –sobre todo trabajos prácticos, solución de problemas de aplicación inmediata–; utiliza técnicas más correlacionales que experimentales

Reconozco en esto otra evidencia de dos variables de naturaleza distinta. La primera, económica. Las metodologías experimentales son costosas y no abundan los recursos en las universidades, sobre todo las públicas. El montaje de un laboratorio de psicología experimental hoy (no estamos hablando de laberintos de madera), incluso con la aparición de las computadoras, requiere de contar con recursos financieros. Claro que existen laboratorios, algunos incluso altamente avanzados, pero no es lo que marca el ejercicio de la psicología como ciencia. La segunda, las variables culturales, otra vez. El trazado del ejercicio fundamental de la psicología en el continente, en cuanto a mercado laboral se refiere, predomina como profesión, y desde ahí se intenta una producción “cuasi experimental” que termina siendo voluminosa en lo que señala Alarcón (1999).

El ser humano como problema central: se trabaja más con participantes humanos que con animales

Los psicólogos latinoamericanos buscan entender al hombre, describirlo, comprenderlo y explicarlo. Aunque existen importantes trabajos en psicología comparada y psicobiología, el énfasis de los psicólogos latinoamericanos se centra en el trabajo con participantes humanos. Obviamente, esto depende de la época específica desde la que se mire. Durante el “reinado” de Skinner, las facultades de psicología se llenaron de ratas (blancas, por supuesto), palomas, laberintos, cajas de condicionamiento electrificadas, etc. El universo conductista ahogó cualquier otra posibilidad de pensamiento en América Latina. Se oficializó en la mayoría de las carreras de Psicología.

Luego, se imitó el movimiento de la psicología angloamericana a las llamadas tendencias humanistas, existencialistas, pues de este lado del continente renunciamos a los animales para hacer grupos de encuentro, gestálticos, todo lo que sonara a moda en las tierras del norte. Creo que en la propuesta de

Alarcón (1999) la idea del ser humano puesto en el centro del problema toma su significación en comparación con la psicología que utilizó los modelos de comportamiento animal como referente para las investigaciones psicológicas del ser humano. Desde esta perspectiva, muy particular, podríamos establecer una cierta presencia del “estar centrada en el ser humano”, pero la focalización en lo humano no es apenas el asunto de no mirar a la psicología desde el animal. Si no vemos a ese ser humano en su contexto, en su realidad, en su cultura, en sus relaciones socioculturales, entonces es un ser humano abstraído, es un ser humano existencia, no un ser humano sujeto activo de la vida social, el ser humano como ente social. Es conveniente señalar, junto a Martín-Baró (2006), que

el problema no radica tanto en las virtudes o defectos que pueden tener el conductismo o las teorías cognoscitivas cuanto en el mimetismo que nos lleva a aceptar los sucesivos modelos vigentes en los Estados Unidos, como si el aprendiz se volviera médico al colgarse del cuello el estetoscopio o como si el niño se hiciera adulto por el hecho de ponerse las ropas de papá. La aceptación acrítica de las teorías y modelos es precisamente la negación de los fundamentos de la misma ciencia, y la importación ahistórica de esquemas conduce a la ideologización de los planteamientos cuyo sentido y validez remiten a unas circunstancias sociales y a unos cuestionamientos concretos. (p. 9)

Este es el Síndrome de Idusa del que hablaba Salazar: la Ideología dependiente de USA.

Se ubica entre la relevancia social y la permeabilidad política -orientar la investigación psicológica hacia problemas ligados al desarrollo social. En su origen, el objetivo fue hacer una psicología socialmente relevante. Esto llevó al compromiso político, a la investigación-acción, al desarrollo de la psicología social comunitaria y, finalmente, a la psicología política.

En su trabajo, Alarcón (1999) ya observa una línea de desarrollo que justamente apunta a avanzar como una psicología latinoamericana. Como se señala, esa mirada descansa en una preocupación social, en hacer una psicología, efectivamente, con relevancia social, pero discrepo del orden de los factores del especialista peruano. No fue la búsqueda de esta relevancia la que llevó al compromiso político; fue, por el contrario, el compromiso político el que abrió la mirada a la relevancia social. A Martín-Baró no lo asesinaron por hacer una psicología crítica, con relevancia social, sino por sus compromisos y sus prácticas políticas en el Salvador. Este compromiso político encuentra espacios de posible realización en

el desarrollo de una psicología social comunitaria, en una psicología crítica, en una psicología política, hoy extendido hasta el cuestionamiento epistemológico e institucional de la psicología y sus prácticas. Alarcón (1999) busca una transacción que le dé “objetividad” a su trabajo. Obviamente, la idea de la permeabilidad política no le gusta mucho, pero reconoce que hay “pequeños grupos de psicólogos” que han trabajado sobre los grandes problemas sociales. El ejemplo que utiliza es Nacho –Ignacio Martín-Baró–, paradigma de la psicología latinoamericana, un hacedor constructor, un fundador de una psicología latinoamericana, pero de todas formas se le mira con recelo, porque es una psicología política, y la política no es una palabra que haya sido muy bienvenida en los sectores profesionales y científicos de la psicología. Pura ingenuidad (¿o mala intención?), porque la política está en la base de todo lo que se hace. De cualquier modo, la conclusión de Alarcón (1999), que ya había sido expuesta en un trabajo anterior (Alarcón, 1988), es clara:

La psicología latinoamericana es ciertamente una psicología que se funda en los hallazgos obtenidos en Europa y anglo-América, como ejes de influencia cultural. Esto ha dado lugar a una psicología típicamente etnocentrista. Sus generalizaciones y principios se basan en el modo de reaccionar y comportarse de sujetos de culturas distintas a la cultura latinoamericana. En suma: doctrinas, conocimientos, conceptos, instrumentos y técnicas son importados del extranjero. Todo ello contribuye a que nuestra psicología sea una psicología dependiente. De esta dependencia cultural obviamente debemos salir. (p. 56)

Pero estas características, que tienen que ver con el dominio económico, político, cultural y científico USAmericano, de profundo carácter colonizador, tienen su sustento en las formas concretas en que se ha realizado lo que algunos autores latinoamericanos llaman “la psicología organizada” (Urra, 2011). Entonces, para avanzar en la búsqueda de esa psicología latinoamericana, yo quiero detenerme en dos elementos esenciales: primero, qué se enseña en nuestras universidades (lo que realiza la reproducción o sostenibilidad simbólica), y segundo, en qué organizaciones continentales participan los profesionales de la psicología (reproducción normativa y de control). Obviamente, el qué se enseña es fundamental, porque lo que se enseña es lo que se realiza luego y busca su desarrollo en el ejercicio profesional, y ese ejercicio profesional se realiza siempre mediado de alguna manera por las organizaciones gremiales, por las organizaciones científicas y profesionales a las que se pertenece. Por lo tanto, son dos aspectos importantes para pensar dónde estamos y a cuánto estamos distantes de la emergencia de esa psicología latinoamericana.

QUÉ SE ENSEÑA EN NUESTRAS UNIVERSIDADES

En la formación de profesionales encontramos claras expresiones del dominio cultural y científico euro-norteamericano, o lo que se reconoce como la colonización. Desde Paulo Freire, el propio Martín-Baró o Fals Borda sabemos que uno de los grandes problemas del ejercicio de una psicología propia arraigada, enraizada, en nuestras realidades, en nuestros pueblos, que crezca desde allí, ha sido el tema de la colonización. Llamo la atención sobre la importancia fundamental de que un primer paso en la construcción de las prácticas profesionales de la psicología que piense y sienta como América Latina es, justamente, la decolonización, la capacidad de poder mirar desde nosotros y no desde los iconos, estándares, modelos, paradigmas que de alguna manera nos han inoculado. Pero, ¿qué observamos en el análisis de la formación en psicología? Quiero, primero, narrar una pequeña, pero sugerente, experiencia sobre lo que se enseña en nuestras universidades.

Hicimos un pequeño estudio con un grupo más o menos numeroso de decanos y directores de carreras de las facultades y escuelas de psicología en América Latina (algunas veces he comentado este hallazgo, pero quiero traerlo porque me parece muy pertinente). Les preguntamos: del total de lecturas que un estudiante debe vencer en la malla curricular de la formación como psicólogo en su carrera, ¿qué porcentaje hay de la literatura latinoamericana de psicología?, es decir, ¿qué porcentaje hay de autores latinoamericanos? No estamos hablando de contenidos, estamos hablando de autores latinoamericanos. ¿Puede haber un Martín-Baró, puede haber una Maritza Montero, puede haber una Silvia Lane, una Ana Bock, un Fernando González, un Marco Murueta, un Edgar Barrero, un Armando Bauleo, en fin, personas con miradas distintas, pero que producen desde América Latina y, creo que bastante, con América Latina?

Obtuve un resultado que no me asombra, pero sí me duele: apenas el 10 % de los directores y decanos dijeron que el volumen de uso de bibliografía propia de la psicología latinoamericana en las lecturas de sus estudiantes estaba entre el 60 y el 80 %. El 90 % dijo que mucho menos del 50 %. Y por supuesto, entre estos hay algunos que han alcanzado alguna notoriedad fuera del continente (he mencionado antes a Maritza Montero, y creo que es imposible hablar de psicología comunitaria sin hacer una referencia a sus trabajos, aunque ya no tengan los de hoy la presencia del sentir como América Latina que se evidenciaba en sus primeras obras). Entonces, insisto, el 90 % reconoce que menos del 50 % de lo que leen sus estudiantes es producción latinoamericana. Entonces, seguimos leyendo y formando con los paradigmas del norte, los paradigmas de Europa, los que consideramos que son novedosos, los que

consideramos que son verdaderamente ciencia, los que consideramos que son desarrollo. Lo propio queda relegado.

Pero resultó muy interesante lo que sucedió con una segunda pregunta: ¿en qué medida los trabajos prácticos que hacen los estudiantes están vinculados a problemáticas reales de la región donde está enclavada la escuela, la facultad de psicología, la universidad? Me dijeron que en eso, la situación era distinta. Para esta pregunta, el 90 % de los directores y decanos dijeron que más del 80 % de los trabajos que se hacen tienen esta característica, están asociados a problemáticas locales, comunitarias, del país. Entonces quedé desconcertado ante tamaña disociación, es decir, el 90 % dice que la mayoría de los trabajos está vinculada a la realidad latinoamericana, y ese 90 % dice que apenas leen menos del 50 % de literatura latinoamericana. Entiéndase, están trabajando en América Latina, están produciendo en América Latina, están acercándose a las poblaciones propias, pero con ideas, nociones, representaciones y conceptos de cualquier psicología menos de una debidamente latinoamericana. Esto es muy fuerte, y de muy probables consecuencias desastrosas. Esa es la esencia del colonialismo: pensar como los que nos oprimen para trabajar con los oprimidos (puesto en un extremo), pensar en inglés y tener un traductor automático.

Muchas veces esta situación se justifica con la afirmación de que no hay mucha bibliografía latinoamericana, y digo que esto es más falso que cierto. Hay, hay como para emprender un proceso de introducción en los sustentos curriculares, pero no se busca, no se lee, no se valora. Se opera con una idea de “lo mejor” que forma parte del pensar colonizado. Se olvida que no hay proceso de mejora si no se emprende, si no se comienza, y el comienzo es siempre más imperfecto que el camino y los puntos de llegada. Claro, todo esto está calzado con las políticas institucionales de publicaciones de impacto, de subvaloración de las producciones propias, de entreguismo científico; la ciencia psicológica secuestrada, amaestrada y convertida en objeto de deseo vía reforzamientos económicos, evaluativos y prebendas egoicas y narcisistas. Es mi punto de vista.

Un segundo aspecto, vinculado al tema de la formación, tiene que ver con qué se promueve en las universidades. Esto es un dato interesante, porque no es solo ya lo que se estudia, sino qué se promueve. Tomo como ejemplo los estudios de posgraduación. Las universidades promueven que los estudiantes, que los graduados, que los profesores vayan a hacer sus cursos de doctorado –sobre todo– ¿a dónde?... fuera del país, preferiblemente a Estados Unidos (que no escatima recursos en comprar cerebros que moldear) y Europa. Solo en los Estados Unidos hay 4 314 personas, de solo cuatro países –México, Colombia, Venezuela y Perú– haciendo sus estudios de posgrado. También hay alumnos de pregrado –de Brasil, de México, de Venezuela, de Colombia– que están estudiando psicología en los Estados

Unidos. Es decir, se incentiva el estudio de la psicología fuera de América Latina. Claro, allá están los centros universitarios que ocupan los puestos cimeros en las clasificaciones construidas sobre sus propios parámetros. En un relativamente reciente ranquin de las mejores universidades del mundo, elaborado por la revista británica *Times Higher Education*, se señala que la primera potencia del mundo alberga a seis de las diez mejores universidades del planeta, entre ellas Harvard, Stanford, Princeton o el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Entre las cincuenta mejores, la mitad son estadounidenses, incluyendo nombres como Yale, Columbia o la Universidad de California en Los Ángeles.

Por si esto fuera poco, pudiéramos analizar un tercer elemento: ¿qué se premia? Obviamente el sistema de premios y sanciones, el sistema de favores y beneficios de alguna manera induce el comportamiento de las personas en las instituciones y hacia estas. Se premian las facultades que avanzan en la dirección de que la universidad de pertenencia esté en los primeros puestos del ranquin de universidades del mundo, un ranquin que reparte sus primeros cincuenta puestos, básicamente, en universidades (otra vez) angloamericanas, europeas y alguna que otra más. Estamos hablando de universidades que no representan el pensamiento latinoamericano, su hacer, los problemas de América Latina, pero quien contribuya en el camino hacia la clasificación será beneficiado (con el mantenimiento de la plaza, su mejoramiento o un pago adicional, etc.), y el que no, se queda fuera, y ya.

Entrar en el ranquin de universidades en los primeros puestos, es obvio, tiene exigencias. Voy a llamar la atención sobre una, presente en uno de esos sistemas: antiguos alumnos de la institución o actuales profesores de la institución han de ser Premio Nobel. Psicólogos galardonados, por lo menos en los últimos años, han sido, en el 2002, el israelí-estadounidense Daniel Kahneman, el norteamericano Vernon Smith, ambos en Economía, (por cierto, los dos trabajan en universidades estadounidenses: Kahneman en Princeton y Smith en George Mason), y más recientemente, en el 2014, recibieron la conocida distinción, en el apartado de Medicina y Fisiología, John O'Keefe y el matrimonio noruego May-Britt y Edvard I. Moser. En fin, tres universidades norteamericanas y una noruega pudieran ranquear alto. Digo más, hasta la edición del 2019, incluyéndola, el Nobel ha sido otorgado a 919 personas: 866 hombres, 53 mujeres y 24 organizaciones (nótese el claro “enfoque de género”). A personas nacidas en América Latina se han otorgado 17, es decir, el 1.84 %. En la tabla 1 se puede analizar más de cerca su distribución:

Tabla 1. Distribución de ganadores latinoamericanos del premio Nobel por rama, país y año

CATEGORÍA	GANADOR	PAÍS	AÑO
Literatura (6)	Gabriela Mistral	Chile	1945
	Miguel Ángel Asturias	Guatemala	1967
	Pablo Neruda	Chile	1971
	Gabriel García Márquez	Colombia	1982
	Octavio Paz	México	1990
	Mario Vargas Llosa	Perú*	2010
Paz (6)	Carlos Saavedra Lamas	Argentina	1936
	Adolfo Pérez Esquivel	Argentina	1980
	Alfonso García Robles	México	1982
	Óscar Arias Sánchez	Costa Rica	1987
	Rigoberta Menchú Tum	Guatemala	1992
	Juan Manuel Santos	Colombia	2016
Medicina (3)	Bernardo Houssay	Argentina	1947
	Baruj Benacerraf	Venezuela**	1980
	César Milstein	Argentina***	1984
Química (2)	Luis Federico Leloir	Argentina	1970
	Mario Molina	México****	1995

* Desarrolló su obra en Europa e hizo su doctorado en la Universidad Complutense de Madrid.

** Desarrolló su trabajo en Harvard.

*** Desarrolló su trabajo en Cambridge.

**** Desarrolló su trabajo en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y luego en la Universidad de California en San Diego.

De los ganadores de categorías de ciencias, Bernardo Houssay y Luis Federico Leloir se mantuvieron en su natal Argentina y allí hicieron todo su trabajo. Por su parte, Baruj Benacerraf, César Milstein y Mario Molina estaban radicados y trabajando fuera del continente de origen (dos en Estados Unidos y uno en Gran Bretaña) cuando les fue otorgado el premio.

En fin, ya lo dije, somos un continente que vuela con narrativas propias, que hace de la palabra y la metáfora un instrumento de identidad, que sufre las guerras y cuyo modelo mental, subjetivo, de cientificidad es distante del hegemónico USAmericano y euro-peo (pido disculpa por este exceso). Nos merecemos nuestro propio ranquin, o lo que es más adecuado, nuestro antiranquin. Ya sabemos que el

asunto no es solo cultural, es multideterminado. Tiene que ver con la inequidad de la distribución de riquezas, tiene que ver con el robo de cerebros, tiene que ver con el colonialismo.

Y otra vez derivo a un asunto todavía más fuerte, agresivo, invasivo en las prácticas docentes académicas en nuestras universidades, de nuestras facultades: el tema de las publicaciones de alto impacto. Para entrar en el ranquin tiene que haber un volumen alto de publicaciones de “alto impacto”, y estas son las consabidas revistas en las que para publicar hay que pensar como un norteamericano, hablar como un norteamericano, escribir como un norteamericano, porque así está inducido y normado en las pautas obligatorias que tienen que cumplir los trabajos, en las estructuras obligatorias que tienes que cumplir, no importa de qué se escribe.

Precisamente un premio Nobel de medicina, Randy Schekman (2013), ha planteado que, al igual que Wall Street tiene que acabar con el dominio de la cultura de los incentivos, que fomenta unos riesgos que son racionales para los individuos, pero perjudiciales para el sistema financiero, la ciencia debe liberarse de la tiranía de las revistas de lujo, y está convencido de que con esto tendremos una investigación mejor, que sirva mejor a la ciencia y a la sociedad. La tiranía de las publicaciones de alto impacto dictamina que la gente ya está más interesada en publicar, a como sea, en esas revistas que en hacer ciencia; está más interesada, más pendiente de ver qué se publica en esas revistas, qué temas son los que se publican, para poder entrar en el sistema de beneficios e incentivos, lo que produce un nivel de distorsión de la ciencia impresionante.

Esto del factor de impacto mata, aniquila la producción autóctona. Resulta ser que en nuestras universidades, en nuestras facultades de psicología, se valora más una publicación de un profesor, de un investigador en una revista de alto impacto, buena parte de ellas norteamericanas, que en una revista autóctona, propia del país, nuestra, donde se promueven se comunican, se socializan los problemas nuestros, vistos desde nuestras ópticas, narrados con nuestras narrativas, escritos con nuestros modos de escribir. Entonces, se aplican patrones que son aniquilantes. En primer lugar, por solo citar un ejemplo (no quiero profundizar mucho más en esto), hay mucha bibliografía interesante que se puede revisar, pero es más importante la unidad estética de la revista que la unidad de contenido, es más importante que todo el mundo use el mismo tipo de comilla, que todo el mundo hable en tercera persona del singular, que todo el mundo tenga la misma estructura, introducción, eso es más importante que lo que se dice, y el autor está sometido a cumplir con esos parámetros, que pueden no ser los parámetros en los que él se siente más cómodo y más posibilitado de expresar lo que considera. Hay una conclusión de Monje-Nájera (2014) que acompaño y adhiero:

hay un deber ético de eliminar el uso del factor de impacto, que por años ha sido aceptado acríticamente y ha afectado la valoración de autores, revistas e instituciones [...] cuán citado es un artículo es engañoso en sí mismo, porque la ciencia tiene impacto en muchos otros campos, a menudo más importantes [...] y, en todo caso, el factor de impacto de la ciencia latinoamericana es desconocido [...] Es tiempo de que el actual factor de impacto descanse en paz. (p. 12)

Las escuelas y las facultades de medicina en los Estados Unidos están ranquiadas en los primeros puestos; es el lugar donde todos quieren estudiar medicina, pero ¿qué producen como salida esas escuelas de medicinas? Producen investigadores para centros de élite, médicos para hospitales de élite a los que puede acceder el 1 % o 2 % de la población, es decir, el factor de impacto sobre la sociedad, sobre la vida real de las personas, es cero. Nosotros tenemos en Cuba una Escuela Latinoamericana de Medicina que enseña y forma médicos que van a donde no quieren ir los médicos graduados en Harvard, Oxford y similares. Los nuestros van a las comunidades indígenas, pobres, marginadas, sin recursos de lo más elementales. Los nuestros van a lugares donde nunca se había visto un médico, van a salvar vidas, van a promover bienestar y el poco de felicidad que se puede dar en esas condiciones, pero eso no es factor de impacto. ¡Es vergonzoso! Es vergonzoso que sigamos afiliados a tales representaciones y que las implantemos en nuestras instituciones.

¿EN QUÉ ORGANIZACIONES CONTINENTALES PARTICIPAN LOS PROFESIONALES DE LA PSICOLOGÍA?

Ya en la década de los setenta Kuhn (1970) llamaba la atención sobre el hecho de que los análisis en historia y filosofía de la ciencia confieren a las comunidades científicas y sus instituciones un papel decisivo en la propia organización, validación y difusión de las teorías científicas. El asunto de las organizaciones continentales en las que participan nuestros profesionales de la psicología es muy importante, pudiéramos decir que por una simple razón conocida y axiomática: “dime con quién andas y te diré quién eres”. Traduzco: dime cuál es tu organización gremial, aquella en la que participas, donde recibes influencias, la que dictamina tus encuadres generales, normas, procedimientos, etc. y de alguna manera te diré quién eres tú... al menos en la dimensión del comportamiento gremial, profesional.

Para el caso de nuestro continente esa asociación gremial privilegiada durante años (no dudo en decir que es la más voluminosa, la más contundente, la mejor establecida) es la Sociedad Interamericana de Psicología, SIP por sus siglas, en la que, dicho de manera protocolar, prevalece el pensamiento

hegemónico colonizado. Reconozco que ha variado algo desde 1951, año de su fundación, hasta la fecha, pero sus prácticas instituidas preceden a los intentos de cambio que reconozco como importantes y, sobre todo, muy dignos. Igual me gustaría argumentar con algunos datos, todos sacados de su *web* oficial (<https://sipsych.org/>) y de dos publicaciones, digamos antológicas, de algunos de sus miembros reconocidos: “Sociedad Interamericana de Psicología: historia y proyección estratégica”, de Miguel Omar Gallegos de San Vicente, Gonzalo Salas, Rubén Ardila, Tomás Caycho Rodríguez y Carmen Burgos (2018) e “Historia de la psicología interamericana: Sociedad Interamericana de Psicología (1951)”, de Gallegos de San Vicente (2012).

Una primera observación que, desde mi punto de vista, pudiera promover al menos una sospecha es la nacionalidad de las personas que ocupan la presidencia de la SIP. De los 36 presidentes que ha tenido, 15 (el 41 %) han sido de Norteamérica (13 de los estadounidenses y 2 canadienses) (Gallegos de San Vicente *et al.*, p. 76). ¿Casualidad? No parece. ¿Por qué una Sociedad que cuenta con la presencia de psicólogos profesionales de más de 25 o 30 países ha electo tantas veces a profesionales de América del Norte? ¿Por qué no se piensa en la necesidad de establecer la presidencia por países, que rote, para así que las problemáticas sean vistas desde sus diferentes perspectivas? No.

Por si esto fuera poco, otro dato: la *Revista Interamericana de Psicología*, que es una de las revistas de más circulación en el continente, ha tenido nueve editores. Esta figura marca la política de la revista, lo que se prioriza en ella, lo que se potencia, las normas que se aplicarán a la escritura; es decir, es clave. Bien, de esos nueve, cinco (el 55 %) ha sido norteamericanos (Gallegos de San Vicente *et al.*, p. 30). ¿Otra vez la casualidad? No me la creo. Forma parte de la colonización paradigmática, del absorber el pensamiento latinoamericano.

Este otro dato no es imprescindible, pero lo traigo igual: de los 36 congresos que se han organizado por la SIP, en los Estados Unidos solo se han hecho 3, es decir, el 8 % (2 de ellos se han hecho en Miami y el más reciente fue en 1976, hace 45 años) (Gallegos de San Vicente, 2012, p. 77). ¡Qué cosa más interesante! Dominan paradigmáticamente la Sociedad, dominan los puestos fundamentales de presidente y editor de la revista, pero los congresos los hacen en el territorio que quieren invadir, en el territorio que quieren acaparar. Solo 3 congresos en los Estados Unidos. Perdón, esto es demasiado claro como para poder pensar que es una casualidad. En el peor de los casos, o en el mejor, algunos piensan que porque son los más inteligentes son los que producen con más científicidad, son los que más saben, lo cual forma parte sin duda alguna del coloniaje cultural.

Todo esto se sustenta en una noción avasalladora, en una noción que pretende excluir el pensamiento latinoamericano, la latinoamericanidad, en una noción de ciencia, de científicidad, de profesionalidad

que es obsoleta y que además está desligada de la realidad, que, en su esencia, no ha avanzado prácticamente nada en tiempos en los que la Real Academia de la Lengua Española es capaz de asimilar voces como “papi riky” o “marinovio”. En fin, todavía nosotros seguimos funcionando con las mismas conceptualizaciones de ciencia, de científicidad, de hace más de cien años, lo que definitivamente no necesita América Latina.

En nuestro continente es mayoritario un modelo de ciencia secuestrada por los Estados Unidos de Norteamérica, vendida e impuesta en nuestros países, reproducida autóctonamente y apoyada por las propias instituciones del secuestro, racionalizada con conceptos de excelencia, convertida en el paradigma hegemónico por medio de becas, apoyos a investigaciones, publicaciones que acaparan el falso prestigio de darle la espalda a la realidad de nuestro pueblos, de negar nuestros modos propios de pensar, hablar y sentir, y encarcelada en la jaula de las instituciones. Es mayoritario ese modelo, pero hay dignidades que se niegan a la complicidad, sensibilidades que piensan y sienten con y desde América Latina; hay personas, grupos, comunidades científicas e instituciones que se oponen, que hacen con el saber y el corazón de nuestros países.

Entiendo que lo necesario es una inversión epistemológica, una rediscusión del modelo epistemológico de partida, un proceso de decolonización para poder pensar y sentir la psicología desde América Latina. Trato de ser un poco más claro: no se trata de utilizar los conocimientos de la psicología para entender a América Latina, sino de entender a América Latina, de vivirla, de construirla, y desde ahí hacer emerger la psicología que ella necesita. Es una diferencia y una inversión epistemológica fundamental que requiere una ciencia contra todos los pronósticos y los cánones establecidos, una ciencia intencional, una ciencia intencionada, no ese arbitrio absolutamente pasivo que no está ni con el bien ni con el mal, ni con la derecha ni con la izquierda, ni con la justicia ni con la injusticia.

Muy por el contrario, buscamos (construimos, defendemos) una ciencia psicológica con unidad teórico-conceptual-metodológica-práctica que se sustente en una intencionalidad. Claro, para los cánones de la ciencia secuestradora decir que la ciencia es intencional es como muy pecaminoso e inaceptable, cuando efectivamente no puede haber, ni habrá, una verdadera ciencia psicológica que no tenga como misión el bienestar y la felicidad de los seres humanos, y esa es una intención, una intencionalidad. La intencionalidad no es nada ajena a la ciencia, pues ninguna se hace para sí misma, al menos no una verdadera, y en este sentido nosotros tendríamos que preguntarnos y construir nuestras respuestas.

¿QUÉ PSICOLOGÍA NECESITAMOS? UN APOORTE A SU CONSTRUCCIÓN

¿Qué psicología necesitamos? Es esta una pregunta esencial. Sabemos cuál tenemos, pero es imprescindible saber cuál necesitamos para poder construirla. Aquí va una respuesta para contribuir al debate que formulé hace ya algunos años (Calviño, 2015):

Una psicología alternativa de alternativas múltiples, que asume sus contextos actuales, históricos y culturales, plural, diversa y convergente, sin estancos de (im)propiedad conceptual, de aperturas epistemológicas operativas, que rompa las barreras a la producción de prácticas emergentes de nuestras realidades, que asimila críticamente la cultura universal y la reformula en una producción y una narrativa propias, latinoamericanas.

Una psicología a favor del libre acceso al conocimiento, del *software* libre, del intercambio. Psicología en la producción interdisciplinaria, nutrida de savia autóctona, pensada y sentida desde, en y como América Latina. Una psicología de la vida real de los seres humanos, con énfasis en el ejercicio profesional. Una psicología de la intersubjetividad, del sujeto social activo, constructor, participante.

Una psicología social, colectiva, de mirada comunitaria, con responsabilidad y compromiso ecológico. Una psicología con enfoque de género, que indaga causas y favorece transformaciones.

Una psicología de la liberación, frente al paradigma del saber hegemónico, que reclama y lucha por el respeto a los derechos humanos. Una psicología para el desarrollo humano responsable y sostenible. Una psicología solidaria, sustentada en valores humanitarios, orientada al bienestar y la felicidad de los seres humanos, con todos y para el bien de todos.

Una psicología que se hace y está siempre por hacer.

¿Qué necesitamos hacer para que esta psicología latinoamericana sea posible, sea realizable, sea, sobre todo, una construcción real? Les propongo al menos siete indicadores que me parecen fundamentales, no con el ánimo de cerrar, sino con el ánimo de abrir una discusión, una reflexión al respecto.

En primer lugar, es imprescindible producir, elaborar conceptos, nociones, teorías propiamente latinoamericana, nacidas de América Latina. Creo que esto es una cosa importante. Este probablemente es uno de los valores más fuerte de la obra de un Paulo Freire, de un Martín-Baró: hacer emerger modelos teóricos, pensamiento teórico, desde lo latinoamericano, desde América Latina. No estoy hablando de desechar todo lo hecho por la psicología, sino de construir nuestros propios paradigmas que dialoguen,

asimilen críticamente e intercepten algunas de las elaboraciones existentes, pero tienen que estar las nuestras. No podemos construir y andar por caminos propios con elaboraciones ajenas.

En segundo lugar, hay que elaborar textos propios para socializar, intercambiar, formar, enseñar, educar con esas nociones, con esos modelos teóricos. Cuando he hablado con los decanos, directores de carreras de muchas escuelas de psicología en nuestra región, dicen que están muy dispuestos a tener mayor presencia de autores latinoamericanos en las mallas curriculares, pero dónde están los textos, dónde están los trabajos. Es muy importante que asumamos la tarea de elaboración de textos propios. Y los hay, pero necesitamos más.

En tercer lugar, consecuentemente, tenemos que incluir en los centros de formación la producción autóctona. Quizás no están tan organizados, es probable que estén dispersos en diferentes publicaciones, pero hay muchas cosas publicadas. Debemos romper el camino cómodo de “esto es lo que se enseña en todas partes”, el camino colonialista de “esto es lo que se enseña en las universidades del primer mundo, de primer nivel”. Como dice Pablo Milanés, “los caminos que encontramos hechos, son desechos de viejos vecinos” (especialmente los del norte). Enseñemos lo que tenemos que enseñar nosotros.

En cuarto lugar, necesitamos revistas propias, así como reconocerlas y publicar en ellas. Lo que no puede ser es que para que un psicólogo latinoamericano sea mejor valorado en su institución cuente más publicar en una revista supuestamente de alto impacto publicada en los Estados Unidos, muchas veces hasta escrita en inglés, que publicar en una revista nacional. No importa si está o no indexada. ¿Qué tiene que ver? ¿Por qué nos imponen el criterio de indexación? ¿Quién ha dicho que es inevitable para hablar de la calidad y el desarrollo profesionales y científicos, del profesional y el científico, del enraizamiento de la psicología que se hace con nuestro continente? Ese es otro concepto colonizador, hegemónico y avasallador. Tenemos que romper con él, tenemos que valorar nuestras publicaciones y reconocerlas, de modo que tengan el mismo valor que cualquier otra. Es más, debería ser más importante publicar en nuestros medios, en nuestros contextos, que en medios y contextos ajenos a nosotros.

En quinto lugar, es constructivo organizar eventos, reuniones, acciones, interacciones profesionales, científicas, de colaboración y comunicación dentro de la región. No estoy negando la importancia de los congresos internacionales en los que está todo el mundo presente. Estoy diciendo la importancia de tener nuestras reuniones regionales latinoamericanas, con las problemáticas propias de nuestro continente.

Y en este sentido, en sexto lugar, considero que es importante generar asociaciones y organizaciones propias. Podemos intercambiar con profesionales de la psicología de Norteamérica, con canadienses, rusos, alemanes, franceses –sí, claro que sí–, pero nuestras entidades tienen que ser nuestras. Lo primero

que tenemos que hacer para colaborar con otros es ser nosotros, si no se es uno mismo, uno no colabora, uno se entrega, y de entregarnos basta ya.

No puede faltar un séptimo aspecto en esto que para algunos podrá ser algo así como los siete pecados capitales: esta psicología latinoamericana no puede estar de espaldas a la realidad política de los países en que vivimos, ella tiene que ser una psicología insertada en las discusiones y en las problemáticas políticas de los países latinoamericanos, y especialmente tener una presencia significativa, una importante participación en la elaboración, gestión y puesta en práctica de las políticas sociales en cada uno de nuestros territorios.

Mirémonos ahora a nosotros mismos, a nuestros estudiantes, miremos esa psicología que se merece nuestro continente y hagamos una pregunta imprescindible: ¿qué psicóloga, qué psicólogo, qué estudiante necesitamos para esta psicología? Esto necesitaría una intervención más en este Encuentro, pero al menos quiero decir, en pocas palabras, que tiene que ser un profesional, un estudiante latinoamericano, creativo, innovador, crítico, colaborativo, humanista, que siente y vive la vocación de servicio como fundamental, una persona pegada a su pueblo, a nuestras realidades, con una fuerte identidad de nuestra región, de nuestros países, porque solo desde esta identidad se puede pensar esa psicología que estamos buscando. Esto significa compromiso, poner por delante de otras nimiedades los intereses colectivos, el bien común, el proyecto común, las metas comunes, por delante de sentimientos lamentablemente bajos que no pocas veces comandan en nuestras relaciones, dejar atrás las egolatrías y los caudillismos, así como las formas de proceder que tienen que ver con la colonización y no con el origen latinoamericano nuestro.

Esa psicóloga, ese psicólogo, ese estudiante de psicología tiene que ser un individuo de muy fuertes ideales humanistas, un individuo que cree y que lucha por la equidad, por la justicia social, un individuo comprometido con la libertad, con la independencia. Es decir, tiene que ser un sujeto activo de la liberación, en todos los sentidos: del pensamiento, de la realidad, de la economía, de lo social y de los yugos culturales impuestos durante más de 500 años. Debe hacer prevalecer, por encima de todo, lo latinoamericano, en una relación de equidad y justicia social.

Entonces estamos hablando de una psicología que va al reencuentro del sujeto latinoamericano consigo mismo, del sujeto latinoamericano con los otros sujetos, de los sujetos latinoamericanos diversos, disimiles, unidos por una tradición, por una cultura y por una intencionalidad regional. Esa es la psicología que queremos. Esa es la psicología que buscamos, y la táctica y la estrategia, como diría Benedetti, es clara: hacer nuestra psicología latinoamericana, haciendo nuestra América Latina, haciendo

América Latina, construyendo esa América Latina de nuestras ansias, de nuestros sueños, esa América Latina que queremos, que nos merecemos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alarcón, R. (1988). *Psicología, pobreza y subdesarrollo*. Lima: Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica.
- Alarcón, R. (1999). La psicología en América Latina en el siglo XX: un análisis de sus características. *Revista de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, XVII (2), 131-146.
- Calviño, M. (2015). ¿Qué psicología necesitamos? Recuperado de <https://cupdf.com/document/que-psicologia-necesitamos-por-manuel-calvino.html>
- Gallegos de San Vicente, M. O. (2012). Historia de la psicología interamericana: Sociedad Interamericana de Psicología (1951). *Psychologia Latina*, 3 (1), 23-36. Recuperado de <https://psicologia.ucm.es/data/cont/docs/29-2013-04-25-art25.pdf>
- Gallegos de San Vicente, M. O., Salas, G., Ardila, R., Caycho Rodríguez, T., y Burgos, C. (2018). Sociedad Interamericana de Psicología: historia y proyección estratégica. *Revista Mexicana de Psicología*, 35 (1), 72-87.
- Kuhn, T. S. (1970). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Martín-Baró, I. (2006). Hacia una psicología de la liberación. *Revista Electrónica de Intervención Psicosocial y Psicología Comunitaria*, 1 (2), 7-14. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2652421>
- Monge-Nájera, J. (2014). La invalidez del factor de impacto como indicador del impacto de las revistas científicas latinoamericanas. *Revista de Biología Tropical*, 62 (1), 9-13. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=44931382031>
- Schekman, R. (2013, 9 de diciembre). How Journals like Nature, Cell and Science are Damaging Science. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/dec/09/how-journals-nature-science-cell-damage-science>
- Urrea, M. (2011). Ética, relevancia social y psicología organizada. *Psiencia. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 3 (1), 57-59. doi: <http://dx.doi.org/10.5872/psiencia.v3i1.73>